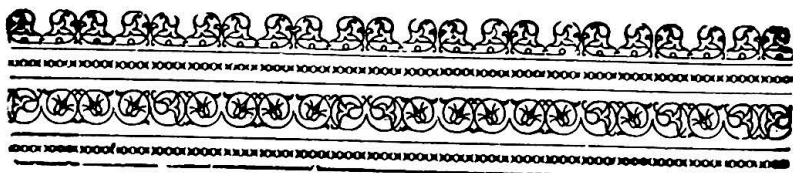


Discurso del Profesor de la Sorbona,  
M. Paul Hazard





## DISCURSO DEL PROFESOR DE LA SORBONA M. PAUL HAZARD (1)

Excmo. Señor Presidente de la República, Excelencia, Señoras, Señores:

Después de tantas voces más autorizadas i elocuentes que la mía i por lo mismo que no olvido que todos esperamos con lejítima impaciencia la palabra del ilustre pintor Sartorio, séame permitido desarrollar brevemente en esta Aula universitaria un tema que es casi escolar: el elojio de la nave.

Hermosa, conmovedora, era la nave antigua que, terminadas las luchas homéricas de las guerras de Troya, llevando consigo la incierta fortuna del pueblo futuro, trajo a las playas latinas:

«Genus unde latinum, Albanique patres, atque altae moenia Romae».

---

(1) Discurso pronunciado en italiano.

En la laguna Véneta, ¡cuánta poesía, cuánto heroísmo hai en la nave que desafiaba las invasiones bárbaras, i del fondo del mar hacía levantarse la maravilla de las aguas: ¡Venecia! Atrevida i audaz, más allá de todo lo verosímil era la nave de Marco Polo que descubría los reinos fabulosos de la India. Sobrehumana, la nave de Cristóbal Colón cuando la unión del genio de Italia i de la fe de España cambiaba la visión de la tierra i los destinos del mundo. I cómo podrían olvidarse las gloriosas naves de la tercia Italia que surcaron i dominaron los caminos del mar, de tal modo que todas juntas no tuvieron sino un solo nombre: ¡Victoria!

Ahora nos llega otra nave, otra nave bien digna de la gloriosa tradición que evoco. Anunciadora de una paz fecunda; cargada con las obras maestras del arte; prueba irrefutable no sólo de la belleza sino también de la grandeza de Italia.

¡Sea saludada la nave que la gran madre, Roma, envía a sus hijos latinos: agradecidos, constantes i fieles!

¡Sea saludada, reciba todos los homenajes la Embajada intelectual i moral, que viene a estrechar aún más los lazos indivisibles i poderosos, que unen la mente a la mente i el corazón al corazón!

¡Sean saludados, reciban todos los homenajes estos Embajadores elejidos entre los más excelsos representantes del genio italiano!

¡Salve, oh nave! ¡Salve, Italia!

«Salve magna parens frugum, magna virum . . . »

Hé aquí por qué, yo, ciudadano de una Nación que se honra con una tradicional amistad por Italia, vuelta a encender ahora en los campos de batalla, amistad que habrá de durar eternamente para el bien de la ci-

vilización i del progreso; hé aquí por qué, yo, hijo de una ciudad que tiene en su escudo una nave inmortal «*fluctuat nec mergitur*»,—en el altísimo honor de pertenecer al mismo tiempo a la Universidad de París i a la de Santiago de Chile, por lo cual soi dos veces profesor de latinidad, hé aquí por qué he querido pronunciar este elojio de la nave, de la nave Italia.

---